



SER UN ESPEJO

Cuando las personas nos cuentan sus problemas, la mayoría de nosotros nos ponemos en modo “arreglador de problemas”; nuestra mente se activa para pensar todo tipo de soluciones y nos falta tiempo para lanzárselas al otro. “Tienes que hacer esto”, o “no dejes de hacer lo otro”, o “yo en tu caso...”. Y no funciona. Así ayudamos muy poco.

Leo una frase que resume perfectamente bien lo que de verdad deberíamos hacer para ayudar a los demás: *“Be a mirror, not a mechanic”*. (*Se un espejo, no un mecánico*).

Ayudar no es arreglar nada. Ayudar es convertirse en un espejo para que el otro se vea, vea lo que está desarreglado, y lo arregle solito. Esta es sin duda la mejor ayuda.

Pero para eso necesitamos ser un buen espejo, grande, nítido, un espejo en el que el otro se pueda ver perfectamente bien. No podemos ser un espejo pequeño, roto o empañado.

Somos un espejo pequeño cuando sólo reflejamos una pequeña parte de la realidad del otro, cuando no lo vemos (y por tanto no lo reflejamos) en su compleja globalidad. Cuando nos centramos en un detalle pequeño de lo que nos está contando.

Somos un espejo empañado cuando lo que reflejamos está sesgado por nuestros juicios. Cuando no nos limitamos a acoger lo que nos dicen y a devolverlo, sino que por el camino le ponemos nuestra interpretación.

Somos un espejo empañado cuando no escuchamos suficiente, cuando no dejamos que el otro profundice hasta el final en la experiencia que nos está relatando.

Y somos directamente un espejo roto cuando decidimos por el otro, cuando nos ponemos en modo ejecutivo y le dictamos lo que tiene que hacer.

Todos para crecer necesitamos poder vernos a nosotros mismos, mirarnos en un espejo. Ser un espejo para los demás es uno de los mayores regalos que podemos hacer.